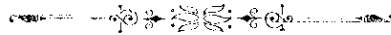


El Herald del Istmo

ANO 1.º

Panamá, 24 de Octubre de 1904.

NUM. 19



RISAS DE PALAKEA

Para Alejandro Dutary (Romeo)

*No oyes acaso el tintineo sonoro
con que vibran sus frescas carcajadas
como un repique de campanas de oro?..*

*A través de sus líbricas miradas
se descubre el albor de la tristeza
de esas viejas heteras fatigadas.*

*La corona que ciñe su cabeza
la formó con los restos esparcidos
de los bouquets, adornos de la mesa.*

*En su boca de labios encendidos,
carmínea copa en que el amor no cabe
se ven huellas de besos fallecidos.*

*Do encamina la planta? No lo sabe,
porque marcha en su rápido camino
así como adelante sigue el ave*

*que arrebató el furioso torbellino,
por el confín de la anchurosa esfera
sin que pueda luchar con su destino..*

*Y ella sigue sonriente y placentera
á gozar las delicias del paraje
donde el amante nuevo desespera.*

*quiere calmar el furibundo oleaje
que con la fuerza del creciente río
inunda su alma con furor salvaje.*

*Qué se le dá, en su loco desvario,
donde ha de hallar el anhelado lecho? ...
sólo le asusta el encontrarlo frío.*

*A veces ha sentido dentro el pecho
ansia de esos amores infinitos
que hacen del corazón un viso estrecho.*

*Pero al saciar sus torpes apetitos,
el hombre, en el delirio que le aqueja,
se espanta ante los goces ya marchitos.*

*Si entonces el corazón lanza una queja
él le arroja un puñado por el suelo,
en pago de sus besos, y se aleja.*

*Por eso es que la risa en su hondo duelo
se parece á la seda que cubría
las bellezas de Blanca de Castelo
cuando un cáncer voraz la carcomía ...*

RICARDO MIRÓ.



El Heraldo del Istmo

— Director - Propietario: GUILLERMO ANDREVE —

PANAMA, 24 DE OCTUBRE DE 1904.

SUMARIO. — RISAS DE PALAKEA (Poesía), *Ricardo Miró*. — PAISAJE, *V. García Calderón Rey*. — RECUERDOS DE ORILEA, Traducción del francés de *Juan Navarro Diaz*. — ANHELOS (Poesía), *Julio Arjona Q.* — POSTAL (Poesía), *Rubén Darío*. — A LA VENUS DE MILO (Soneto), *Léon A. Soto*. — NICOLAS II, POETA. — SOR CECILIA, *Alejandro Dulary*. — SUSANA, *Aurelio Morimo*. — CON MARCO BLANCO, *Samuel Velasquez*. — HORAS AUSTRALIES, *Dario Herrera*. — LEE HONG KEE, *Simón Rivas*. — NOTAS—RECREACIONES LITERARIAS.

Paisaje

Para Darío Herrera, que tiene el culto de la prosa perfecta.

El sol pálido, de un oro antiguo, descende sobre las montañas del horizonte—divinamente azules, de aquel azul mila, grueso y lumínico, que dieron a los mantos de sus vírgenes los pintores creyentes.

En lo alto las nubes se arrugan con un gesto negro y severo. Y en la calma religiosa del atardecer, dulcemente, blandamente, cae la niebla en girones blancos. Primero envuelve la cabecita rubia y coqueta de las mieses maduras como un velo nupcial; y después va enredándose con vastos pliegues de sudario, en algunos árboles ceculares, sin hojas casi y sin rídos, taciturnos, que inclinan las cabezas venerables y juntan los brazos retorcidos y negruzcos, para decir al viento su austera y solemne plegaria.

A la vera del camino se extiende un pequeño campo de sembradura. Resaltan sobre la blanca tierra polvorienta, las oscuras cicatrices de los surcos. Y más allá lentos, solennnes, van dos bueyes uncido al yugo, laborando. A veces se detienen un momento, fatigados, levantan trabajosamente la cabeza, y sus ojos tristes tienen para el paisaje esa larga mirada soñadora, que ya cantó Leconte de Lisle, el maestro.

Una vieja y un viejo trabajan silenciosos. Este tiene los cabellos canicientos y largos, que se agitan al viento y el rostro bronceado y bondadoso se completa con una barba florida de patriarca bíblico. La vieja es pequeña, rosada y sonriente

como la hada de los cuentos. El conduce los bueyes y aunque la vista le falta, sabe hacer los surcos derechos; y aunque la mano es temblorosa sabe afirmarla sobre el arado para que la cuchilla penetre bien adentro, y la carne negra de la tierra violada, humeante todavía, despidi su aroma virginal, que embriaga como un vino capitoso. La vieja, inclinada, vá recogiendo la broza del terreno.

Los dos trabajan silenciosos. A veces ella dice sonriendo que algún surco no está derecho. El entonces, detiene los bueyes con un grito que se prolonga extrañamente como un canto; y a paso menudo, confuso, vá á la cabecera del surco y después de mirarlo largamente confiesa avergonzado:

— Sí, este surco no está derecho. Después callan. Y las palabras dichas, como la piedra que cae sobre el agua tranquila, parecen generar grandes ondas de silencio.

De la iglesia, que aparece en la lejanía como un punto blanco brota el són apacible del *Angelus*, y rueda sobre el valle con un largo estremecimiento sonoro. Dice la voz de esta campana muchas cosas inefables para las almas sencillas, para los humildes. Muy cerca del viejo campanario están los restos de un hijo que tuvieron y que murió pequeño; ellos sienten que de él les habla esta voz, todas las tardes, en largas palabras conmovidas y vibrantes. Y por eso se detienen y con los brazos en cruz silabeaban una oración ingenua. Acompañada por la nota grave del *Angelus* vá desgranándose esta plegaria de los labios fervorosos mientras se iluminan los semblantes con luz interior tal como esos rostros en éxtasis que ilustraban con frecuencia los antiguos libros devotos.

A lo lejos, pasan todos los que vuelven de la faena diurna. Resuenan las notas cristalinas de las esquilas y el balido tímido de los becerros. Un gañán que atormenta los ijares de su viejo caballo macilento, hace chasquear enorme látigo, con un sordo estallido como el de la descargas de fusilerías. Grandes carretas, repletos de heno, bamboleantes, van arrastradas por parejas de bueyes muy viejos.

Todos transitan por el camino lejano, que es moderno y amplio. El otro, el cercano al campo de los viejos, está casi abandonado. Sobre él han caído las tapias de los cercos ruinosos y algunos árboles, piadosamente han tendido sobre él un arco verde. Todos los viejos aman este camino porque guarda dulces añoranzas de los tiempos idos. Y más le aman por su soledad y su abandono. Cada piedra suya está atada en la memoria con un recuerdo grato ó penoso. Sus árboles son leñas vivientes porque recuerdan los años floridos en que tenían ramas abundantes y jóvenes, y charla perenne de los pájaros en el follaje numeroso. Ahora viene por él un pelotón de ovejas inquietas. En la mancha blanca y movediza del rebaño la figura del pastor aparece indecisa. Es su barba mal cuidada y rubicunda, y hace pensar así, en una alegoría de Jesús el Maestro, en medio á sus ovejas simbólicas. Al pasar da las buenas tardes y los viejos le saludan agitando las manos.

Como es ya tarde y la noche está próxima, el viejo desunce los bueyes. Tiende el arado sobre el último surco; y detrás los viejos, delante los bueyes, emprenden el viaje á la casucha distante.

La agonizante luz de la tarde que palidece al atravesar la bruma, pone en todas las cosas apariencias fascinadoras. Nimba los cuerpos de los viejos con una excelsa aureola; reflejada en los blancos cabellos, forma una corona como las de los santos en los lienzos.

Las sombras se tornan largas, desmesuradas. Una vieja enigmática sobre un caballo escuálido pasa sin ruido. Los surcos se hacen negros, extraños, muy hondos como zanjas para cadáveres. Y la silueta de los viejos van borrándose. Caminan encorvados. Se vé bien que se inclinan por que la tierra los llama yá para el abrazo último, de la perenne paz...

La tierra media oculta en la tiniebla parece abrirse como un surco, recibiendo estos cuerpos consumidos, semilla de nuevas y buenas floraciones para la vida, la todo poderosa creadora.

Y semejantes á esas figuras de algunos cuadros antiguos que van velándose penosamente, bajo la crueldad iconoclasta del tiempo y de la luz, estas figuras de los dos viejos se desvanecen en la sombra y en la bruma.

Y mañana han de desvanecerse en el tiempo...

En Lima, Septiembre de 1904.

V. GARCÍA CALDERÓN REY.



Recuerdos de Crimea.

UNA PAGINA HEROICA

Traducido del francés para El Heraldo del Istmo

EL regimiento del Coronel Aubier está de guardia. Los centinelas de avanzada de los campamentos ruso y francés están situados apenas á un cuarto de milla el uno del otro, y aunque la noche, que es una de esas noches oscuras, sin luna ni estrellas, no les permite observar nada en el silencio profundo de la campaña adormecida, ellos sienten no obstante el ruido de los pasos.

De pronto un grito breve resonó:

--Alto ahí! Quién vive?

--Parlamentario.

El centinela se repliega sobre su puesto. Dos hombres y un oficial salen de las líneas.

Es un oficial ruso, escoltado por un soldado que lleva una linterna.

Pide que se le conduzca á la tolda del Coronel Aubier, al cual tiene que entregar sin atraso un pliego del Coronel Ivan Ivanovitch.

El Coronel Aubier rompe el sobre y acercándose á la lámpara, lee:

"El Coronel Ivan Ivanovitch y los oficiales del 2.º regimiento de guardia tienen el honor de convidar á sus camaradas á apurar esta noche, 7 de Setiembre, una copa de champaña á la salud del valeroso ejército francés.

"P.S. No se invita á los ingleses."

--Señor, dijo el Coronel Aubier levantándose, sírvase dar las gracias á su Coronel por su fina atención. Haré llamar á los oficiales y dentro de media hora tendremos el placer de apurar unas copas de champaña á la salud de valeroso ejército ruso.

+

Una inmensa tolda se ve en el campamento moscovita.

El Coronel Ivanovitch y todos los oficiales del 2.º regimiento de guardia, en uniforme de parada, esperan la llegada de sus huéspedes.

Alineadas en filas cerradas, amenazadoras, con casco dorado, como preparadas para un gran día de fiesta, cincuenta botellas de champaña llenan el centro de la mesa improvisada, detrás de la cual se hallan cincuenta hombres inmóviles, con la mirada fija en su jefe, en actitud de criados.

La tolda se levanta.

--Hé aquí los franceses.

¡Fuego! ordena el Coronel Ivanovitch.

Y en ese mismo instante, cincuenta taponos saltan haciendo cincuenta detonaciones en salva formidable, saludada por un estruendoso ¡viva! de los rusos en honor de los invitados,

--Nos rendimos, Coronel, dijo sonriendo, con voz de cobre el Coronel Aubier. Es imposible resistir á vuestra artillería.

Señores, he querido anunciaros una gran nueva, repuso el Coronel Ivanovitch. Mañana vuestras tropas darán el asalto á la torre de Malakoff desde el amanecer. Nuestros regimientos de guardia serán los primeros que entrarán en lucha. No hubiera sido natural que nosotros dejáramos de hacer más amplia amistad y he pensado en que os sería agradable, como á nosotros mismos, pasar esta noche en compañía para tomar por la gloria reciproca de nuestras armas.

No tengáis sin embargo cuidado; os dejaremos en libertad antes de la señal.

--Su proceder es de cumplida caballerosidad, Coronel; dijo el Coronel Aubier.

Oh! la guerra no excluye las maneras cultas y eso lo saben ustedes mejor que nadie.

A las primeras cincuenta botellas siguieron otras tantas.

La mayor parte de la noche franceses y rusos se cambiaron elegantes frases de cortesía y de alegres propósitos.

Y cuando se hubieron agotado los tomas agradables, los franceses propusieron galantemente hablar un poco de los ingleses, sus aliados, si los rusos no tenían inconveniente para ello.

La hurorada tuvo buen resultado y se burlaron un rato de los oficiales tiesos y enfrenados de Su Majestad.

De golpe los clarines tocan diana del lado del campamento francés.

En verdad, señores, replicó el Coronel Ivanovitch, el Mariscal Pélissier es madrugador. Apenas comienza á aclarar. Una última copa en honor de la brillante jornada que nos espera...! Y hasta la vista.

+

Los cañones siembran la muerte con sus nubes de metralla.

Es un torbellino de hombres, de caballos, pasando entre los nubarrones de humo, llevados por un arranque vertiginoso que nada puede contrarrestar.

Los que caen son inmediatamente reemplazados por otros, y hasta las alturas, que relumbran como un volcán en erupción, remonta el clamor del asalto.

Se diría que turbas de demonios pretenden escalar el cielo, y por encima de los rostros negros

por la pólvora, la mutilada bandera, vuelta un jirón informe, flota como un lábaro infernal.

Sin embargo, los regimientos de Aubier ó Ivanovitch se funden como cera en medio del espantoso choque.

El segundo es hecho retroceder, antes de haberse podido desplegar bajo la protección de los cañones de la fortaleza, por el empuje impetuoso de esa marea creciente que es el ejército francés reconcentrándose á la toma de Malakoff.

Los coroneles de los dos regimientos se enenentran frente á frente.

El destino se presta para tales acontecimientos.

Como dos paladines, se saludan.

Ivanovitch levanta su pistola en dirección del Coronel Aubier.

La bala silba á la oreja del francés.

El ruso queda desarmado. Está á merced de su adversario el cual le tiene á su turno al extremo del cañón de su pistola.

Aubier dispara al aire.

La partida se puede igualar, dice arrojando la pistola á sus piés y llevándose la mano á la espalda.

Ivanovitch lo imita.

Se atacan mutuamente con furia. Brotan chispas de los fierros.

Han trascurrido más de cinco minutos desde que comenzó el duelo.

Es un duelo épico, una lucha de titanes.

El Coronel Aubier cae de rodillas debido á un puntazo en el muslo derecho.

Trata de levantarse.

En vano.

Ivanovitch afirma también su rodilla en el suelo.

—Siempre en igualdad de armas, Coronel!

Y la lucha continúa silenciosa, trágica.

La sangre corre de cada lado.

A lo lejos resuena el cañón, y el salto se hace cada vez con más vigor.

Los Coroneles Aubier é Ivanovitch no ven, no oyen: han perdido la noción de lo que pasa.

Están, en el momento en que se decide la suerte de la batalla, perdiendo la vida por veinte heridas. Se diría que son dos compañeros de armas.

En un final esfuerzo, se tienden el uno al otro los brazos y la muerte enlaza esas dos manos valerosas que parecían más bien hechas para vivir eternamente unidas.

Los clarines tocan, redoblar los tambores.

Es la carga final.

Enormes brechas se abren en las filas de los asaltantes, pero ellas se cierran nuevamente.

El fragor continúa

Malakoff es tomada.

La bandera tricolor flota ahora en la cúspide de la torre.

Si hay vencedor, no hay vencido.

Las dos naciones han cumplido su deber valerosamente y sin odios, y desde ese momento, sin saberlo ellos tal vez, el gérmen de la alianza empieza á surgir, llevando consigo las espigas soberbias de la cosecha futura.

JUAN NAVARRO D.



Postal

De Rubén Darío

Existe en el salón de porcelana
Del Palacio Real una Diana
Labrada en alabastro. Es blanca y bella.
La divina doncella
Decora el borde fino de una mesa.

Al mirarla he pensado
En la dulce princesa
Que allí la joven frente ha reclinado,
Y en los gallardos pajes,
Imberbes Endimiones,
Que llevaban—antaño—en los salones
Las largas colas de los regios trajes.



Anhelos

Para Genaro Fayán

Yo anhele una morada
Que cubran madreselvas,
Donde cruce muy cerca algún río
Cantando romanzas, canciones bohemias.

Una mansión campestre
Que luzca en la entrepuerta
Esta sublime frase: AMOR,
Que nunca á los años ni á los siglos ceda.

Jarrones de Sajonia,
Cortinajes de seda,
Y de encajes finos veladores,
Y un bosque de lirios que brinden su esencia.

Y solás, y poesías,
Y rosadas vidrieras
Que permitan llegar á mi alcoba
La luz imprudente de lunas viajeras.

Más un piano sonoro,
Y una vírgen muy bella,
De traje aéreo, vaporoso, blanco,
De pelo muy rubio "como hecho de estrellas."

Y oír que la vírgen,
Con sus manos tersas,
A Beethoven sublime recuerda
Con aria ó *scherzso* tan dulce que alienta.

Y convertir la estancia
En la mansión eterna,
Donde alegre mi vida la vírgen
De pelo muy rubio "como hecho de estrellas."

JULIO ARJONA Q.

Panamá: 1904.



A la Venus de Milo

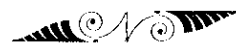
Oh diosa de los áticos perfiles!
oh diosa de las curvas sosegadas!
quiero, bajo las jónicas arcadas,
cantarte el canto de los veinte abriles.

Dame la frialdad de los buriles
que idearon tus formas delicadas,
para, huyendo del mundo las miradas,
del Himeto vagar por los pensiles.

Yo te amo más que á la de carne tibia,
deidad que se resiste en su lascivia
á nuestro amor, trocándolo en martirio.

Pues si no puedes darme tus abrazos
tampoco tienes importunos brazos
que me impidan te abrace hasta el delirio.

LEÓN A. SOTO.



Nicolás II, poeta.

Nikolai Aleksandrovitch Romanoff, el poderoso Czar de todas las Rusias, es, como su colega Guillermo de Hohenzollern, Emperador de Alemania, bastante aficionado á la literatura, y además un hábil rimador según afirmaciones de personas competentes, que lo saben bien. Ultimamente ha escrito el melancólico Czar unos versos que titula *Mi Vida*, los que hallamos en nuestro colega *Cuba y América*, de la Habana, traducidos por Don José G. Villa. Y no resistimos al deseo de dar á conocer á nuestros japonizados lectores esa producción. Hela aquí:

"Nació mi dicha en una obscura noche
y sólo ha florecido en las tinieblas:
he perdido el encanto de la vida,
y errante vago entre las sombras densas,

"A tientas mi alma va inquiriendo triste
en mental confusión: suspira y pena,
y sufre y reza; más hallar no logra
la bendecida paz sobre la tierra!"

No hay duda, estos versos lo demuestran, que por encima de las delicias del trono están las de la poesía, cuando todo un Romanoff que impone su voluntad á ochenta millones de hombres no desdeña hacer versos como cualquier poeta melencólico del *quartier latin*.

Sor Cecilia

Para EDUARDO NAVARRO

DEL LIBRO "GEMELAS."

CUANDO pienso en las largas horas fastidiosas que pasé en el Hospital, viene á mi memoria el recuerdo grato de Sor Cecilia, la preciosa Hermana de la Caridad que con un cuidado materno me atendía, mientras deliraba víctima de la fiebre, y que después, en la larga convalecencia, trataba de distraerme con su charla siempre franca y alegre. Pienso en ella y me parece que aún la miro con su pesado traje azul de lina, caminando con paso pudoroso y entrecortado, tratando de evitar que sus enormes zapatos de gruesa suela hicieran el menor ruido que pudiera incomodar á sus enfermos, mientras atravesaba la sala, ora para darle alguna medicina al de la cama número tal, ora para solicitar cariñosamente por el estado de cualquier otro: me parece que admiro su linda faz algo pálida, destacándose entre su enorme *corneta* blanca y brillante que le servía como de marco, y aún creo escuchar su risa franca y argentina que tanto halagaba mis oídos.

Por las mañanas, cuando mi enfermedad hubo desaparecido casi por completo, cuando el sol caluroso del mes de Agosto, había ya mostrado su enorme rostro rojo por encima del cerro vecino, cuando la brisa había cesado por completo y los pájaros, causados de revolotear, buscaban asilo en las copas de los *manjagos* y de los *jacintos* del jardín, iba yo hasta su oficina, á ayudarla en sus trabajos de escritorio.

Allí después que habíamos terminado, charlábamos alegremente largo rato sobre cualquiera majadería, ó discutíamos sin acalorarnos. Era partidaria de los enamorados, á quienes profecía cariño, y siempre trataba de saber, preguntándome, en qué estado se hallaban los amores de alguna señorita que ella conocía, con algún joven que en nuestras conversaciones me había oído nombrar.

Solicitaba de mí, con una curiosidad mujeril, datos sobre hechos que en la capital se habían realizado antes de mi enfermedad, y rubiaba al pensar que del movimiento mundano sólo llegaba hasta el lugar en que nosotros permanecíamos, algo así como el sonido vago de una campana de aldea que se escucha desde lejos, mientras apaga sus voces cualquier ruido intempestivo. Una de las mañanas, después que terminamos de trabajar, y aprovechando yo su estado de ánimo, mucho más alegre que de costumbre, tuve el valor de decirle:

—Tengo sospechas, hermana,—y perdone usted que lo confiese,—de que algún desengaño ha sido causa de que usted haya vestido el hábito de las Hijas de San Vicente.

Mis palabras causaron en su alma un efecto que yo no esperaba; su rostro, siempre sonriente, tornóse rápidamente taciturno, y, fijando la mirada sobre el suelo, quedóse largo rato pensativa, como si luchara por olvidar lo que en su memoria



EL ALMIRANTE TOGO DIRIGIENDO UN COMBATE

se hallaba grabado con caracteres indelebles. Lanzó un suspiro, antes de contestarme, fijó en mí sus verdes ojos expresivos, sonrió como acostumbraba hacerlo, para animar al enfermo, cuando practicaba alguna cura dolorosa, y me dijo:

—Siempre han tenido esa sospecha las personas que me han tratado y jamás he querido desvanecerla. Para mí es indiferente que crean *eso* ó que una verdadera vocación me ha hecho tomar la *corneta*; sin embargo, trataré de decir á usted por qué soy Hermana de la Caridad y no madre de familia. Escuche, pues; y si la emoción me priva del placer de ser bien explícita, dispénsame y tenga presente que no hay nada tan amargo como el recuerdo triste de los días felices ya pasados.

Hizo aquí una pausa Sor Cecilia y luego prosiguió de esta suerte:

—Cuando cumplí los diecisiete años, mi padre se impusieron de que mi primo Roberto y yo nos amáramos, y para cortar de raíz estos amores de niños, en una tarde fría del mes de Julio me llevaron al convento de Monjas Descalzas que existe en mi pueblo, y allí me dejaron en calidad de educanda.

Los primeros días sufrí mucho recordando á mi primo, y más que todo, los bailes, paseos y visitas á que antes había concurrido, y de las cuales veíame entonces por completo privada.

Lloraba mucho cuando me dejaban sola en mi celda, y sólo me servía de consuelo la contemplación de un hermoso San Antonio que había en la capilla. Era muy parecido á Roberto, y siempre que bajábamos á rezar me era enteramente imposible apartar los ojos de su bello rostro varonil, alumbrado débilmente por un rayo de sol que se filtraba todo tímido por una claraboya de la pared del templo.

Poco á poco y de una manera inexplicable para mí, fui sintiendo por él una verdadera pasión. A medida que el recuerdo de mi primo iba desapareciendo de mi memoria, el amor que antes le había yo profesado, lo dedicaba por completo á la imagen. En las largas y perezosas horas de estudio, permanecía yo inmóvil, con los ojos cerrados largo tiempo, soñando con ella; me la figuraba, no inanimada y yerta, sino todo un joven lleno de vida, de fuego, de pasión, que sólo aguardaba el momento propicio en que pudiera pedirme, con frases melifluas y encantadoras, lo que le había ya dado: mi amor.

Lloraba y sufría cruelmente cuando una de mis condiscípulas, por mandato de la Superiora del Convento, limpiaba con asiduidad el altar en que él descansaba, y aún recuerdo que una vez, mientras paseábamos por el jardín, maltraté furiosa á una de mis compañeras, porque había llevado en la mañana flores blancas para adornarlo.

... Una noche desperté en mi celda, cuando ya habían dado las doce. El sueño, por mucho que lo invocaba, no venía, y en mi cerebro de alocada se hallaba fija la imagen del Santo. Una lucha tenaz operábase en mi sér, y ora me levantaba del lecho impulsada por el deseo de ir á la capilla para abrazarme á lo que yo tanto quería, ora me arrodillaba para rezar, pidiéndole á Dios me librara de los tormentos de que era víctima. Amaba al Santo con una pasión poderosa, inmensa, inexplicable, y me era imposible dominarla.

El deseo de poderme abrazar á él se hacía cada vez más intenso, y venciendo el temor que me causaba el tener que atravesar los claustros y pasillos solitarios y oscuros hasta llegar á la capilla, me lancé fuera de la celda.

El viento frío de la noche, al azotar mis carnes, dióles nuevas fuerzas, y entónces el deseo se hizo implacable, avasallador.

Atravesé muy de prisa los corredores y pronto llegué.

Cuando di los primeros pasos en la capilla, el ruido seco y lúgubre producido por ellos, me pareció que era la voz de un fantasma que trataba de librarme de las horas mortales de angustia que sufría. Me detuve, temblosa y jadeante, pero á pesar de mi deseo no pude volver un solo paso atrás. Continué andando hácia adelante y pronto distinguí la fascinadora imagen, que la lámpara del Sagrario iluminaba débilmente.

Al mirarla, la pasión me enardeció; la vista de ella me causaba fiebre, la sangre quemaba mi cutis, algo así como un círculo de hierro ceñía mis sienes, los oídos me zumbaban con un ruido tenaz... y ciega, convulsa, agitada, subí al altar y me abracé á la imagen...

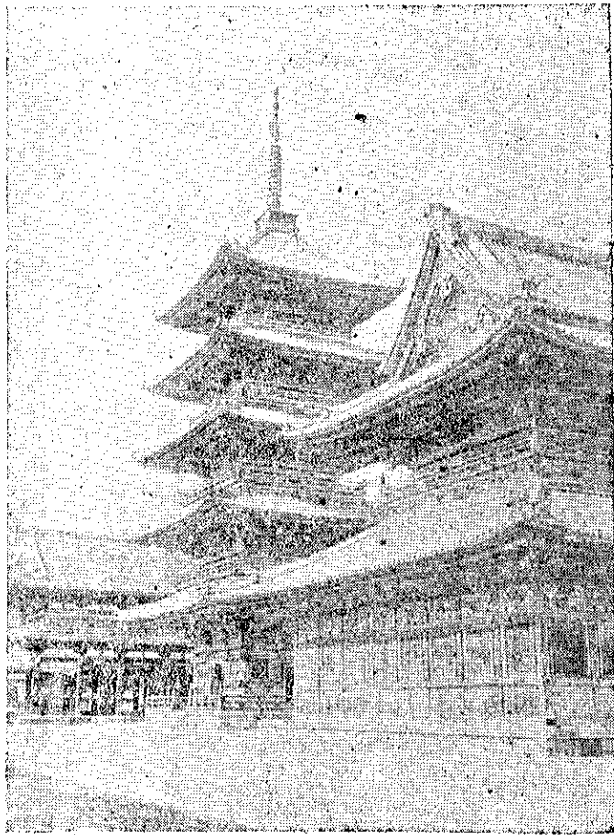
Mis labios ardientes querían, á fuerza de besos, comunicarle todo el ardor pasional de que eran dueños, sin que ella quisiera admitirlo; y al encontrar, frío é inmóvil lo que yo había soñado lleno de vida y de pasión, la ira cegó mis sentidos, dió á mis brazos suficiente poder y en un arranque de rabia y desesperación alcé la imagen, volví á buscar por última vez, con mis labios, un calor que no podían tener los suyos y la tiré contra el pavimento, quedando reducida por el golpe á pequeños fragmentos.

Al siguiente día, escribí á mis padres para que me sacaran del convento, en donde jamás se supo quién había roto la imagen.

Ellos oyeron mi súplica y tres meses después, llena de remordimientos y para expiar el sacrilegio por mí cometido, me hacía Hermana de la Caridad.

Cuando Sor Cecilia dió fin á su relato, ocultó su pálido rostro, hermoso y bello, entre sus manos sonrosadas y finas y así lloró largo tiempo, tratando de ahogar los sollozos que la embargaban, mientras yo, emocionado de veras ante aquel profundo dolor, guardaba religioso silencio y afuera, en el tejado vecino, dos palomas blancas como la nieve, se arrullaban enamoradas...

ALEJANDRO DUTARY.



Pagoda japonesa en Casaka

Susana

EN una tarde de Agosto nos hallábamnos Alberto Romeros y yo departiendo amigablemente sobre personajes y hechos de actualidad. La conversación sobre este tema fué provocada por el arribo ese día á la ciudad de un político de primera fuerza, ayer visto con ojos de odio y hoy recibido por la muchedumbre, inestable en sus juicios, con ruidosas aclamaciones y festejos de general victorioso. Y mientras contemplábamnos con irónica filosofía el desfile de los irreconciliables de la víspera, de los amigos del momento y tal vez de los enemigos de mañana, no echábamnos de ver, tan abstraídos en nuestra charla estábamos, cómo ascendía poco á poco la sombra, y cómo en lo alto de la bóveda celeste las nubes—transformistas del espacio—afectaban las formas más originales y caprichosas.

Es verdad que aunque nosotros no contempláramos—más allá de la irregularidad de los techos—la melancolía del cielo en aquel crepúsculo muriente, sí la sentíamos invadir nuestras almas, ya que las conclusiones sobre cosas y personas á que hubimos de llegar no estaban por cierto exentas de excepticismo y de tristeza.

La conversación de animada que era decayó insensiblemente á poco rato. Alberto y yo nos recogimos en la complementación mental de todo lo hablado, y mientras él lanzaba columnas de humo de su cigarrillo, yo golpeaba suavemente con la contera de mi bastón las losas de la acera.

De pronto, en el silencio de la calle, que después del desfile había quedado tan sola como nosotros, se escuchó el ruido de un coche sobre el empedrado. Era un ruido sordo; era un rodar lento; era algo que atraía y que nos hizo abandonar nuestra meditación para prestar la mayor atención al coche que avanzaba tan pausadamente como un carro fúnebre.

Al pasar frente á nosotros pudimos ver dentro y al hacerlo sentimos frío, tristeza, piedad, esa piedad que inspiran los seres que se van sin querer, empujados por un hado adverso á una tumba prematura. Y era que recostada en los almohadones del coche, con la cabeza apoyada en el hombre de una anciana, y cubiertas las piernas con una gruesa manta de lana, estaba una jóven delgada con esa delgadez extrema que da la tísis, y con los ojos, negros y grandes, hundidos en una faz demarcada, mustia y descolorida.

Es Susana, mi pobre prima Susana, que regresa del campo adonde fué por consejo facultativo, y que viene, ya desahuciada, á morir en la edad de los sueños en brazos de su madre. dijo Alberto contestando á una mirada interrogadora mía.

—Pobre niña, exclamé. Se adivina al verla cuánto sufre. La mina la tísis, no es cierto? Su rostro lo dice. La conozco de un momento y ya siento por ella lástima, esa lástima sincera que inspiran las mujeres condenadas á morir jóvenes, y á quiénes en la mayoría de los casos un sueño de felicidad irrealizable lleva al sepulcro.

—Es cierto, Aurelio; y también, como tú, las compadezco y sobre todo á esta pobre Susana cuya historia de amor es una triste nota desprendida de

una harpa abandonada, que vibra un breve rato sollozante y se extingue en seguida. Quieres que te cuente esa historia sencilla y triste?

—Sí, dije; todo lo que habla de amores truncados, de decepciones, de tristezas, gusto conocerlo, tal vez porque yo he tenido también mis decepciones, mis tristezas y mis amores truncados. Relátame esa historia.

—Oyela, pues. Y mientras subíamos la calle, solitaria y triste en esa hora, caminando con lentitud, sin rumbo fijo, siempre en línea recta, Alberto habló así:

*

Mi prima Susana había llegado á los veinte años sin haber tenido amores ni galanteos de ninguna clase. Dotada de hermosas prendas morales realizadas por una educación esmerada y una sensibilidad exquisita, su físico no correspondía desgraciadamente á tan bellas cualidades. En su infancia, por descuido de su nodriza sufrió fuerte caída que le ocasionó durante mucho tiempo fiebres peritinaes que al fin cesaron combatidas por enérgico tratamiento, pero que dejaron debilitado por completo su organismo. Era, pues, en la edad que te indico, una jóven alta y delgada en demasía, angosta de espaldas como una impúber y con curvas—esas curvas deliciosas que componen toda la belleza femenina—poco pronunciadas. Apenas si sus ojos negros y grandes daban á los inteligentes una idea de todo lo que guardaba de ternuras aquella joven flacucha. Pero como—fuerza es confesarlo—los hombres no buscamos á las mujeres por el deseo de poner en contacto dos inteligencias ni dos fuerzas poderosas, sino simplemente empujados por el genio de la especie que no hace desear siempre las mujeres bien formadas y hermosas, aptas para la reproducción, no hubo para Susana galanteadores almibarados, ni jóvenes románticos ni lovelaces llenos de audacias. Y ella, plétórica de ensueños, deseando, como pasa siempre, aquello que parecía le estuviera vedado, alimentando su aislamiento con lecturas que exaltaban más y más su fantasía, esperaba, esperaba siempre la llegada del hermoso príncipe de los cuentos de hadas, que la había de solicitar como esposa. Con tal preparación cómo no explicar la suma incomparable de cariño que depositó en Luis de Rosas, el primer hombre que deslizó en sus oídos palabras de amor? Es sí, explicable, y aún más si se tiene en cuenta la manera especial con que empezaron sus relaciones, en una época de sangre y de luto.

Susana había concurrido á un baile que en honor de la guarnición de la ciudad se celebró como debes recordar á principios de la última guerra civil. Los militares salían á campaña al día siguiente y un grupo de familias adictas al régimen imperante los despedían de esa manera. Allí estaba Luis de Rosas, capitán de infantería, y por una casualidad vino en la mesa, durante el *buffet á ser* el caballero de Susana á quien no abandonó ya más durante el baile. Luis era un militar que había alcanzado todos sus grados á fuerza de hechos de valor, comenzando su carrera desde soldado. No era ya imberbe ni tenía prendas físicas envidiables, pero era un hombre al fin y teniendo esta base poco cuesta á una jóven casadera revestir al pretendiente con todos los aditamentos que porporciona gratis la fantasía. Luis, como Susana, era un ser aislado y sin cariños, y tal vez esta

igualdad de condición los acercó fatalmente. En poco tiempo sus dos almas se comprendieron, se completaron, y pudieron convencerse de que uniéndose podían ser felices. Luís insinuó algo á ese respecto esa misma noche, y al siguiente día partió á campaña, regresando á los ocho justos con una herida grave recibida en el primer encuentro. Llevado á la ambulancia establecida en la ciudad y servida por señoras y señoritas le tocó ser asistido por Susana. Cuando abandonó el lecho ya el idilio era completo llevado hasta un grado inconcebible por la cuidadosa solicitud que á Luís prodigó su enfermera. El Jefe de las fuerzas de la plaza se encargó de pedir la mano de Susana y concedida que fué se convino en que la boda se celebraría al concluir la guerra, firmando así una obligación á largo plazo contra lo más volatario é inestable que existe. Y mientras llegaba el día dichoso ellos continuaron amándose á pesar de las zozobras de una época llena de inquietudes y sorpresas. Luís salió á campaña otras dos veces y tuvo la suerte de ver siempre sus armas vencedoras y de alcanzar mercedidos ascensos.



Dr. H. H. H. H.

Esta situación duró un año aproximadamente. Los revolucionarios vencidos hoy aquí, aparecerán de nuevo siempre avanzando y siempre más temibles. En cierta ocasión llegaron hasta las vastas sabanas que limitan la ciudad y todas las fuerzas de la plaza salieron entonces á combatirlos. Este hecho lo conoces tú bien, pues si mal no recuerdo, eras secretario general del jefe rebelde atacante. Luís fué á combatir con los suyos y avanzando á la cabeza de su gente lo alcanzó una bala que le destrozó horriblemente el rostro ocasionándole una muerte instantánea. Esa mañana, al despedirse de Susana, ésta tuvo como un presentimiento de lo que iba á pasar y sin poder evitarlo le dijo: "cuídate mucho; no se por qué causa tengo miedo, un miedo horrible. Si por mí fuera, no irías á combatir hoy" Tres horas después lo entraban á la ciudad en una camilla. Se trató de ocultar cuidadosamente la noticia á Susana, pero la indiscreción de un criado le reveló todo lo ocurrido, y loca de dolor, ciega, llorando á mares, sin saber qué hacer, se lanzó fuera de casa acompañada de una parienta á esperar el paso del cadáver en la calle Real. En vano trataron de evitarlo las amigas, y familia, pues nada consiguieron. Siguió hasta encon-

trar la camilla y atajando el paso obligó á los conductores á colocarla en el suelo. Y entonces, con un movimiento brusco, con ademanes de enajenada, antes de que pudieran impedirlo, levantó la coleta que le cubría el rostro. Pero en ese momento, al contemplar el destrozado ocasionado por el plomo, y las facciones rígidas y ensangrentadas, no pudo más, abandonáronla todas las energías y lanzando un grito hondo perdió el sentido. Conducida á su casa se le declaró una fuerte fiebre y á los tres días cuando ya menguaba, en un golpe de tos convulsiva se presentó la tisis tiñendo con púrpura saugrienta sus labios sin color.

Hoy, ya lo ves, después de crueles padecimientos, se muere, se muere sin remedio. Y su desgracia se confunde en el montón anónimo de todas las desgracias humanas.

*

Acabó de hablar Alberto y su narración que escuché atento dejéme pensativo. Caminando lentamente, muy lentamente, como en algún funeral, habíamos llegado á la gran plaza central al rededor de la cual dábamos vueltas. Las sombras lo cubrían ya todo. Los focos eléctricos comenzaban á encenderse, y una lluvia menuda, impertinente, se declaraba. De pronto, como surgido del misterio, pasó á nuestro lado un joven á toda carrera, y dirigiéndose á Alberto que miraba lejos como tratando de sorprender lo desconocido, le dijo con voz breve: "Susana se muere: acaba de entrar en la agonía hace media hora, al llegar del campo." Y siguió adelante, como imagen espectral, perdiéndose á lo lejos.

AURELIO MÁXIMO.



Con Marco Blanco

por Samuel Velásquez

SOBRE una barranca, á la orilla de un camino, está sentada una mujer con el descuido del que viaja por el infinito, y así como quedó al sentarse: sin componer un solo pliegue de la ropa porque está en el campo y en medio de cuatro niños que en todo se han fijado, menos en que su madre deja ver con casto abandono una pierna, rodilla abajo.

Los dos niños mayores apuestan al que más salte por sobre una zanja, tomando antes carrera; la hermana que les sigue los detiene para mostrarles en las nubes de Occidente un animal de tres patas enormes, con una herida de luz en el estómago y un serrucho de rayos en el espinazo; mas, como sus hermanos no ven tal cosa, ella se afana, grita, señala, manotea, en tanto que el animal de los cielos se desvanece, se desliza y encarna en otra figura. ¡No ven, tontos, ya se volvió parecido al diablo!

El menor de los niños, tendido boca arriba en el regazo de la madre, mira con gran indiferencia

el fondo sombrío del cielo del crepúsculo, y se retuerce como un gusano y se toca la frente con los dedos de un pié, dejando que el viento de la tarde le infle la camisa y le orée el cuerpecito, curvado como si le hubieran dado modelación entre un caracol marino.

La madre masca hojuelas que coge sin mirarlas, puestos los ojos en un recodo del camino; de cuando en cuando se aparta el pelo que el viento le bota á la frente, mira, sin verlo, un elefante que le muestra la niña, y torna á poner los ojos en las vueltas del camino, mascando siempre hojas cogidas al acaso. De repente asoma allá un hombre que arrea una vaca; dice la mujer ¡por fin! grita la niña ¡papá! detienen los muchachos la apuesta, y cambia el cuadro:

—Dáme la cuerda á mí, que yo sé arrearla.

—No se la des á él, porque va á tirarla de la cola.

—A mí, papá, á mí; ella me conoce, mira cómo le toco el buche.

Uno se quita el saco y la torea poniéndose delante, otro le da palmadas en la ubre, el chiquitín le endereza un sermón en caldeo, lleno de babas, y la madre le pasa la mano por sobre el lomo diciéndole con ternura: ¿Dónde estabas, cavilosa? Dejar así el hijo esta novelera por irse á robar en lo ajeno. A la casa!

—Dónde la encontraste, papá? Preguntan á una los niños.

Estaba en tierra de Julián, el amigo querido de la casa, y tan contemplada; Julián la tenía á la sombra, hábale buscado cuidados por esas veredas y sazónádole todo con unos dedos de sal; tan á gusto mascaba que había olvidado el ternero.

Oyendo allí á sus dueños, remasca lo que ya ha andado por entre las telas del estómago, dejando ver en sus ojos de esclava el sol, como una reliquia de oro guardada en transparente medallón.

Allí la sueltan, y como vió niños, se acuerda del suyo y da á trotar por el camino, zangoloteando la barriga, aporroándose la ubre contra las piernas y berrea que berrea; el eco le responde melancólico y misterioso allá en las quiebras sombrías de un monte de cedros y bambúes.

A media luz llega la gente á la casa, caballeros unos en otros los muchachos, hablando marido y mujer del amigo Julián como de un sér extraordinario, viéndolo circundado por un fulgor de virtud, al igual que los santos, y prometiendo ser por siempre más amables y bondadosos con él. No era eso de cuidarles la vaca extraviada el primer rasgo de caridad que gastaba para con ellos; había muchas dulzuras que apuntarle. Esa tarde, en un rato de conversación habida entre los dos amigos, mientras le cambiaban la cuerda al animal, preguntóle Julián al compañero cuánto le había costado tan hermoso presente y con qué otros bienes había aumentado la hacienda. Este le hizo recuento de sus empresas; de sus esperanzas y del deseo que tenía de que sus hijos hicieran papel en el mundo. Viendo el placer que Julián recibía se espontaneó hasta fijar el número de

unas monedillas que su mujer guardaba en el sero de un armario, con mucho amor, porque eran íntimos recortes de lo que todos necesitan para vivir.

Julián se agachó á oír y se enderezó luego: vueltos los ojos á Dios, á pedirle que derramara una lluvia de beneficios sobre su amigo y que le pusiera delante cuanto le pidiera. Y apuntó una lágrima de caridad ardiente, como las de San Francisco, en los ojos de aquel hombre benigno y excepcional.

Llega la familia á la casa á la hora en que comienza la luna á bruñir los picos y á bordar los perfiles con cintas blancas, y se arma en el patio el gran jaleo; salta el ternero por sobre un cercado y tumba á un niño, al pasar en busca de la madre; las gallinas, que hacía rato habían esponjado el plumaje, mulléndose á sí mismas para dormir, se bajan del naranjo á mirar de sesgo lo que pasa; el perro se avienta como un bandido sobre uno de sus amos á hacerle las caricias de un ángel; la vaca lo persigue tonteando, y él se le escurre de entre los cuernos con burlona docilidad; ordena el esposo, la madre clama, todos gritan, suena un chorro de agua impasible y sincero como quien dice: vosotros sois los de la bulla; mece el viento la arboleda y chisporrotea la candelá del hogar vuelta un placer.

Julián, el amigo querido, allá en su heredad se quedó mirando el vacío, al parecer desligada su alma del cuerpo. Analiza otra vez la misericordia que el Señor ha dejado caer sobre aquella familia en un desgranamiento de bondades. Ah, sí, esas monedas de que hablara su amigo eran muchas, y la vaca, un manantial de leche; y tantas aves en el corral; la amplitud de la tierra y la casa blanca llena de enredaderas que la abrazaban con cariño de hermanas. ¿Qué han hecho ellos para conseguir todo eso?

Mirando la sombra sugestiva sorprende á Julián el lucero de Occidente, y un viento frío que pasa cargado de sueños y aromas, y se levanta diciendo: ¿Qué han hecho para conseguir todo eso? ¿Qué familia tan feliz!

La viera él en este momento; todo el mundo parece vestido de oro en torno á la candelada del fogón; algo delicioso tiene cada cual que contar, y se atropellan los versos, y chispean los ojos, y forman rimas las carcajadas, y el chiquitín se impacienta, porque no le oyen eso que no se le entiende sino la madre. Ya les aquietará á todos la lengua lo mismo que se las trae tan ligera y movediza: la cena, que burbujea al fuego con un ronquido plácido y uniforme.

Un hora después se van tornando inofensivos, dulces, cogidos por la garra sedosa del sueño; hablan tres ó cuatro palabras más, aisladas, lentas, ensalzando á Julián el amigo que pide misericordia para ellos; ponen el alma en Dios, y ahora el uno, aquél después se duermen, y queda la casa silenciosa, inerte, elocuente; es la única que está despierta; pero como no tiene voz de esa que se repercute en el oído, sino de otra que vibra en el alma, no puede avisar á sus dueños que les llega una visita; ha visto moverse los rosales de un modo expresivo y fugaz. El perro sí la anuncia y va á encontrarse con el extraño visitante,

mas á poco enmudece y en trágico silencio pasa corriendo por el patio, y salta al camino, y se va desesperado, y vuelve luego á echarse junto á la puerta consagrándole su último pensamiento á los niños del hogar. Nada le importa ya, un hombre salta por encima de él, empuja levemente la puerta, y se detiene sintiendo en tibia ola que le acaricia la faz, el aliento de los que allí duermen; aguza el oído y oye la respiración de todos en plácido concierto con el aleteo de los bichejos que rondan por las paredes. El chiquitín sueña que está bravo con un pájaro, porque se le llevó una miaja de pan aquella tarde, y entre la cuna parlotea su enredo de cuentas; se queja aquel y torna á callarse; saborea el otro algo que no tiene en la boca, á no ser su propia saliva; ronca el padre, la esposa sueña, y la luna prende rosetones de plata cincelada en el suelo y en las mantas,

El visitante pasó un trago de ajeno destilado en su misma boca, detuvo el aliento, para que el corazón dejara de aletear un momento, quebrantando las alas, avanzó tendiendo una mano, tocó la frente de la esposa, levantó el arma y ... —¡Es un santo el amigo Julián! dijo soñando la madre con una voz dulce y atardecida como para un secreto. Semejante al cohete que sube incendiado y baja humildemente arrepentido, cayó desde su trágica altura el puñal, haciendo un cabrilleo al cortar un rayo de luna; vibró suavemente contra el suelo y todo quedó en silencio.

Como el ángel del misterio se estuvo Julián toda la noche cuidando el sueño indefenso de los que tanto lo amaban.

Al alba salió al patio y miró al cielo. Todas las estrellas embriagadas del perdón que al través de ellas dejaba caer Dios, titilaban con extraña alegría derramando una aura de paz.

—¿Y tú? dijo Julián volviéndose al perro que dormía para siempre bañado de rocío, abiertos los ojos, y opacos y rizados los labios en un gesto de amargura, dejando ver las perlas finas y agudas que de nada le sirvieran.—¿Me perdonas también? Le cogió la cabeza entre las manos, y bañándole de lágrimas la frente, le dió en ella un beso largo, dolorido, profundo. A poco se juntaron sus labios y escondió los dientes. El también perdonaba.

Allí lo encontró la familia como un holocausto tendido sobre el ara del amor.



Horas australes

DESDE el "Panamá," en la rada exterior, á las cinco de la tarde, contemplo el panorama. Bajo el azul, al oeste, el incendio del ocaso tiñe el plano del cielo de sangre luminosa. Así, el verde del cerro aparece en una bruma rosada, extendida sobre toda la curva de la costa. Entre la colina y la ciudad, los pueblos vecinos semejan, á la distancia, compacta legión de gaviotas, inmóviles á la orilla del mar. Luego, la vista descansa carifosa-

mente sobre la capital uruguaya, encantadora en su conjunto, con sus casas en superposiciones pictóricas, como un paisaje de acuarela. Al oriente, la ribera desciende lenta, hasta esfumarse en la lejanía...



Una MUSMÉ

El crepúsculo invade ya el espacio. El mar se oscurece; las sombras se espesan, persistiendo, al occidente, amplia mancha de oro bermejo. La ciudad pierde poco á poco sus contornos netos, ofreciéndose vaga, informe, á los ojos escrutadores. Después, todo se borra en la plena noche ... Son apenas las seis; el vapor leva ancas, y la mirada, flotando en el nirvana de lo negro, deja al espíritu sumergirse en sus evocaciones melancólicas. En la memoria surgen las impresiones de la partida... La mañana bulliciosa, mareante por el desembarco en Montevideo; los gritos de los estivadores y los silbos de los vaporcitos; los atropellamientos del trasbordo; la mezcla abigarrada de sexos y de clases, y cerca, la ciudad, levantando sobre los techos las flechas de sus torres, en el ambiente ya vibrante de sol ... La noche en el vapor fluvial, insomne y triste; la silueta juvenil, armoniosa, de la viajera vecina en la mesa de comer, conocida fugaz de un instante ... Y más allá, también en el crepúsculo, sobre la dársena bonaerense, el grupo de íntimos, después del abrazo—; tan lleno de sollozos contenidos!—destacando sus figuras inconfundibles sobre un fondo de tinieblas. Allí quedan cariños inolvidables, tristezas y goces, desalientos y entusiasmos, fraternalmente compartidos. Volveré á encontrarlos?

El "Panamá" navega en plena mar á la hora de comida. Pocos pasajeros, unos treinta á lo sumo. Las frases en inglés vuelan de un lado á otro, inteligibles las más traduceidas algunas por mi compañero de la izquierda, el excapitán Castellioni. Nacido en Sorrento, hizo su aprendizaje en el Mediterráneo. Anduvo luego, en un velero, por las cuatro partes del mundo, y ahora reside en Buenos Aires, donde tiene su hogar y su puesto en la compañía de vapores Houlder Brothers. Va con el gerente á Punta Arenas, en negocios de la empresa, el establecimiento de un frigorífico. Sus breves horas á bordo le han dado ya el conocimiento de todo el personal. Por él sé algo de los únicos seres femeninos que nos acompañan: dos jóvenes inglesas de tipos opuestos. Una, á la derecha del comandante, grande, maciza, es novia de un comerciante británico, establecido en Talcahuano, quien la espera en Port Stanley. Se casarán allí, para seguir en el mismo "Panamá" al puerto chileno. La fisonomía de Miss Elizabeth—su nombre—es vulgar; la gracia está ausente de su cara roja, asimétrica. No es envidiable el novio.... La otra, en frente, delgada, rubia, con la piel alba, levemente rósea, las facciones menudas, puras, el cabello, en bandeaux, encuadrándole luminosamente su rostro oval, es digna del pincel prerrafaelista de Burnes Jones. "Se llama Miss Kitty—me dice Castellioni—y va á Santiago como profesora de un colegio inglés"... Ambas viajan solas, confiadas á sí mismas, no sumando las dos cuarenta años. Y si Miss Elizabeth habla solamente á la materia, sin conmovirla, Miss Kitty, en cambio, con su cuerpo ambiguo de efebo y su cabeza de virgen botticeliana, parece hecha de una substancia que da á los ojos impresiones espiritualizadoras y aleja de los sentidos toda idea voluptuosa....

La sobremesa, en diálogo con Castellioni, se prolonga. Me narra, con su pródiga verba de la Italia meridional, sus aventuras de marino, ya remotas: las recorridas peligrosas del Mediterráneo; las calmas abrumadoras en travesías de meses, sobre el Atlántico, en las zonas ecuatoriales; los ciclones de las Antillas; las tempestades del cabo de Hornos. Su palabra la corta de pronto una onda de música. Pasamos al salón de conciertos, inmediato. Miss Kitty está ante el piano. De la chaquetilla varonil, color de oro antiguo, surge su cabeza rubia, radiosa en el baño de luz de las incandescentes. Sus manos finas y largas se agitan sobre el teclado, y la "Berceuse" de Grieg repercute en la acústica propicia de la sala. El médico del buque, á su lado, da vueltas á las hojas del cuaderno. Ella toca con intachable maestría, y así, en el ambiente musical, su rostro bizantino, impregnado de misticismo, se idealiza más, adquiriendo una apariencia extraterrena.... ¿Qué mundo interno palpitará dentro de ese cuerpo frágil, en donde la caricia enamorada parecería una profanación?....

Cuando sulgo á cubierta son cerca de las nueve. El cielo austral ostenta, impecable, su obscuro terciopelo, profusamente flordelisado de astros. Entre ellos, con irradiación intensa, la cruz del sur titila suave; y como sostenida por invisible mano protectora, dijérase que bendice al solitario viajero. El viento sopla, frío. Sobre el océano entenebrecido las olas ruedan, persiguiéndose incesantes, iluminadas por la fosforescencia

de las espumas. De abajo, del entrepuente, sube la canción de los marineros, un aire quejumbroso, donde vibra toda la nostalgia de los hogares lejanos. La ciudad oriental, con sus focos eléctricos, desapareció ya en el horizonte; pero la otra, la enorme y benigna, late poderosamente en mi recuerdo, melancolizando las esperanzas del futuro....

+

Cuatro días imposibles hasta Port Stanley... Desde el lunes en la tarde castiga el dorso del océano rudo viento austral; y la inmensidad líquida se encrespa, se revuelve, muge bajo el casco del buque, en olas hostilmente formidables,

Y el "Panamá" sigue su travesía del cuatrocientas leguas, combatido por la cólera de los elementos. Con la proa recta siempre al sur, corta el viento y rompe el oleaje, todo estremecido y saltante, cual si fuera un gigantesco organismo con músculos y alma. En la noche, el ruido estridente de la hélice, girando en el vacío; las caídas bruscas del buque sobre sus flancos; el chasquido del viento y el choque de las aguas, sinfonizan un concierto infernal, ahuyentador del sueño. El frío aumenta, oscilando el termómetro de uno á cuatro grados bajo cero. El vapor corre hácia el invierno, y éste, con irónica prisa, le sale al encuentro, glacial. El cielo es de un gris invariable; y las horas á bordo trascurren lentas, monótonas....

En el salón de fumar, algunos pasajeros juegan á los naipes con el comandante; su permanencia allí es para todos signo de seguridad. En el de conciertos, Miss Elizabeth, tendida en un sofá, sueña, tal vez, en sus próximas nupcias, en las amables noches de desposada hasta el Pacífico.

... Miss Kitty, incansable en el piano, insensible al mareo, lee música. Y bajo sus manos gráciles y diáfanas, Beethoven y Wagner, Haydn y Grieg, Chopin y Mendelssohn, mecean sus sonatas, sus sinfonías, sus no turnos, sus lieder, á los estruendos exteriores.... Los días se acortan. Las mañanas son interminables auroras pálidas. Un sol friolento tira detrás del perenne nublado; y á las cuatro, tras breve crepúsculo, la noche cae sobre el mar como un gran duelo.... El canto de los marineros se eleva entonces del entrepuente, cual un extraño Angelus, como la plegaria suplicatoria al Dios que rige y ordena las fuerzas bravías de la naturaleza....

+

Y con ese tiempo adverso penetramos en Port Stanley, por el complicado zigzagueo de la rada. A la vista, sobre la pendiente de leve colina escueta, se disemina un centenar de casas, bajas, con techos y muros de zinc. En el fondo, al sur, un promontorio se yergue entre la bruma.... El paisaje es todo gris: el cielo plomizo, el mar de estaño, la tierra lívida, cubierta de líquen coniciendo.... Son las dos de la tarde. El sol, siempre bajo su embozo de nubes, traza cerca del horizonte su vasta curva. El frío persiste.... Pienso, con vaga opresión, en los habitantes de estas islas inhospitalarias, donde ya el invierno esperece su soplo congelado. Y pienso en Buenos Aires: en sus calles sonoras de muchedumbre, hermosas por el lujo de sus vidrieras y el paso de los coches flamantes; en las salas de las casas amigas, y,

sobre todo, en el ambiente, cálido de afecto, de la mesa familiar, donde la juventud derrocha sus alegrías, en frases chispeantes de ingenio...

En la noche, durante la comida, se nota la ausencia de Miss Elizabeth... Castellioni da la noticia. El novio murió el domingo, en el momento quizás en que la esperada prometida partía de Montevideo. Miss Ketty está silenciosa, meditando. Y mi imaginación ve á la novia viuda, solitaria en el camarote, similar en lo abrumador de su pena. Acaso dentro de la vulgaridad de esa forma carnal palpita una alma apasionada, un corazón delicadamente sensitivo... Sigue hasta Valparaíso, para regresar en el mismo vapor á Inglaterra. ¡Qué dos viajes tan distintos! Todo ilusión rierte y entusiasmos y sueños el primero; el otro, el de retorno, todo amargura y desesperanza... En verdad, la vida tiene á veces sarcasmos crueles.



El acontecimiento, por unas horas, sacude la calma tediosa de la existencia á bordo, que vuelve á ser onervante hasta Punta Arenas. La entrada en el puerto chileno, por el estrecho, es un desencanto. Bruma espesa oculta las dos orillas. Del cielo, bajo y opaco, cae una nevada, sutil como desmenuzamiento de plumazones de cisnes. La temperatura marca cero; y cuando el vapor detiene su marcha, al través del cielo brumoso, se vislumbra apenas el caserío de la costa. Sobre un fondo impenetrable se dibuja incierto, entre las siluetas fantásticas de la flota mercante... Castellioni nos abandona, llevándose su expansión comunicativa. Los vendedores de pieles tapizan el puente con la suntuosidad de su mercadería. En torno, agujereando el aire turbio, resucian los silbidos de los remolcadores. Saltan pasajeros. Suben otros... Y de nuevo el crepúsculo, y una noche más de frío, de silencio, de nostalgia.

Pero nunca olvidaré el espectáculo, único en su magia pictórica, ofrecido á mis ojos el día siguiente, por repentino cambio de tiempo. Libre de nubes, el espacio azul es como una risueña caricia bajo la gloria matinal. El agua lo refleja, en la belleza de su quietísimo espejeante. Y uniendo las dos serenidades, la del cielo y la del mar, los Andes, poderosos desde su comienzo, levantan sus masas, todas niveas, como exornadas por imperiales arañes. La nieve adquiere cristalizaciones diamantinas; y así los picos conviértense en prismas, donde los rayos del astro vibran, saltan, chocan y chispean, descomponiéndose en maravillosos iris... Los pasajeros, agrupados en el castillo de proa, miran absortos. Y mi espíritu—placa dúctil en que se graban las más leves vibraciones del espectáculo circundante—en esta fiesta del color, siéntese como transportado á un mundo de prestigio, donde encuentra íntimas concordancias, supremas armonías, entre su esencia inmutable y el alma móvil de las cosas... El vapor serpentea al través de increíbles desfileros. Las dos costas se alzan rectas hasta el azul, y parecen tan próximas, que producen la opresora impresión de un trituramiento, como si cortadas de un solo tajo por la furia de algún dios salvaje, las energías ocultas en su seno pugnarán por juntarlas...

El tiempo pasa inadvertido. Las sinuosidades de la marcha se suceden, siempre entre la doble

blanca muralla resplandeciente... Los pasajeros se retiran llamados para el lunch, y quedamos sólo Miss Ketty y yo en el puente de la guardia. La joven inglesa, reclinada en la baranda, contempla y medita. Su figura, tan fina, tan rubia, tan espiritual, mental pura, en medio de la grandiosa decoración se hace casi intangible, como de elemento fluido; y antójase me el hada virgen de estos sitios, guiando la nave amiga... La tarde declina. El vapor traza su última curva y entra en un ensanche del estrecho. Las orillas se dilatan; un vasto lago reemplaza á los canales. Más serena, más cerúlea, el agua parece dormir un divino sueño de hermosura. El sol viaja ya detrás de las eumbres, las penumbras vespertinas empalidecen la nieve; fundidas en una sola, las dos costas cierran el horizonte dentro de un círculo hermético. Así los Andes, siempre soberbios, ahora de nuevo lejanos, con sus moles blancas, escalonadas en colosal gradería, traen á la mente la idea de un portentoso coliseo tallado en mármol por la naturaleza creadora para luchas de cíclopes y dioses...

La tarde muere. Los minutos crepusculares son un esplendor de púrpura, multiplicado feéricamente por las aristas de la nieve, por las facetas de las ondas. Grave, augusta, sobre la cabeza del contemplador pensativo, otra vez peregrino de lo desconocido, desciende la noche, concertando en su seno las secretas armonías de los astros. El Pacífico está cerca. Y, por misterioso contraste, mi espíritu retrocede y vuela á la ciudad generosa, ya tan lejos, donde quedan seis años de goces y tristezas, quizás los más intensamente vividos de mi juventud fugitiva.

DARÍO HERRERA.

Estrecho de Magallanes, 1904.



Pastoril

La linda zagala que guarda el rebaño
Espera impaciente su bello pastor
Las tardes que vuelve, camino del monte,
Trayendo la cría, que cuidan los dos.

Repiten los ecos el grito salvaje
Que lanza el mancebo ya presto á llegar;
Y al toque del cuerno, se escucha el balido,
De tiernas ovejas, que pronto vendrán.

Qué alegres las horas que espera impaciente
La linda zagala, su bello pastor.
Las tardes que vuelve, camino del monte,
Trayendo la cría que cuidan los dos.

NOAH H. GANS.



Siempre así

En un álbum

La cristalina gota de rocío
 en la modesta flor;
 en la abrupta montaña, algún diamante;
 en la tarde que muere, un arrebol;
 en el alma que sufre, la esperanza;
 Y tú, en mi corazón'

DIRECTOR CONTE B.

Penonomé.—1904.



Notas.

AUNQUE TARDE

anunciamos la partida para Bélgica, efectuada hace un mes justo, de las señoritas Débora María Henríquez y Estér Neira, quiénes van á estudiar en uno de los mejores colegios de Bruselas por cuenta del Gobierno Nacional.

A esta fecha las señoritas Neira y Henríquez deben tener comenzados sus estudios en los cuales deseamos que alcancen efectivas ventajas en provecho propio, de sus familias y del país.

+

POR POCO DÍAS

ha estado entre nosotros el estimable caballero don Genaro Payán, quien acaba de recibir en la capital de Colombia el grado de Doctor en Medicina y Cirugía. El Doctor Payán siguió en el *Benador* al Cauca, á ver á su familia, y nos ha ofrecido colaboración á su regreso, que será en breve, pues piensa establecer su oficina médica en esta capital.

+

EN NUESTRO NÚMERO

pasado quedó concluída la transcripción que hicimos de las páginas del Diario de Lord Macaulay referentes á su viaje á Italia, traducidas con gallardía de estilo por el Doctor Ciro L. Urrutia.

Por un descuido de los operarios no se hizo constar que allí concluía, falta que debe de sermos perdonada por nuestros amables lectores, que así mismo perdonarán el que, por mala corrección de pruebas, se nos hayan escapado algunos errores, todos ellos tipográficos.

+

RUPTURA

de gobernantes franceses con la Santa Sede, es el título de un folleto con que nos ha obsequiado S. S. Ilustrísima Javier Junguito.

Muy agradecidos del envío, leeremos el folleto en la primera oportunidad.

SALUDAMOS

al señor doctor Salomón Ponce Aguilera, notable literato, llegado de Bogotá hace poco tiempo.

Grato no es poner á la disposición del compatriota distinguido las columnas de esta Revista que no dudamos haya de honrar.

+

L'ECONOMISTA ITALIANO

de Génova, consagra en uno de sus números recientes un largo artículo biográfico á nuestro colaborador y buen amigo, don Antonio Burgos, ónsul de la República en ese puerto.

Las frases que el colega italiano le dedica son una muestra de las numerosas simpatías que en poco tiempo se ha sabido captar el amigo Burgos, quien pone todo esfuerzo, según tenemos sabido, en hacer grata nuestra reciente nacionalidad.

Sentimos que las dimensiones del citado artículo nos impidan reproducirlo como es nuestro mejor deseo, pero ya que esto no es posible bueno es hacer constar cuánto nos alegra esa opinión acerca de un compatriota emitida por tan respetable revista europea.

*

SEGÚN CABLEGRAMA

de Nueva York, recibido el sábado 22, murió en esa ciudad ese mismo día el señor doctor M. L. Maduro. A sus hermanos Henry L. y Samuel L., como á los demás miembros de la familia Levy Maduro presentamos nuestro pésame.

+

UNA GRAN PÉRDIDA

ha sufrido nuestro excelente amigo Doctor Francisco Filós, la de el autor de sus días que ayer noche dejó de existir en la isla de Taboga.

Le acompañamos en su duelo grande y justo.

*

DON DOMINGO VILLALAZ

joven estudiante de la Escuela Normal de Institutores, murió, después de una enfermedad de pocas horas, el día 17.

Para la familia Villalaz nuestras expresiones de condolencia.

*

EL MIÉRCOLES

26, siguen viaje á los Estados Unidos los jóvenes amigos Federico y Ricardo Ardila. Va el primero, con recursos propios, á perfeccionar con uno ó dos años de permanencia en ese país sus conocimientos de lengua inglesa y el segundo por cuenta del Gobierno Nacional á estudiar mecánica.

Como ya en los Estados Unidos está el joven Mario Ossa, hijo de nuestro querido Jerónimo estudiando ese ramo de la ciencia también, y como tanto él como Ricardo Ardila han tenido una provechosa preparación práctica aquí, juzgamos fundadamente que muy pronto coronarán

con éxito su carrera, y el país podrá aprovechar en breve los valiosos servicios de dos de sus hijos-

Para los jóvenes estudiantes nuestros buenos deseos y nuestra voz de aliento.

×

SE HONRA

hoy EL HERALDO DEL ISTMO con la publicación de un brillante artículo original del estimable intelectual don Ventura García Calderón Rey, uno de los primeros entre la juventud pensadora de Lima. Al agradecer al ilustre compañero la generosidad de su envío, le manifestamos á la vez cuanto es nuestro reconocimiento por la opinión—vertida en gallarda carta de fecha reciente—que nuestra obra literaria le merece.

Igual causa nos obliga para con el poeta santiaguino, el buen amigo M. Magallanes Moure, que también tiene para EL HERALDO frases de aliento y de aplauso. La opinión de Magallanes Moure como la de García Calderón Rey, vienen á ser en nuestra ruda labor, una satisfacción que nos ofrece un Hado pródigo, y un estímulo para perservar en ella.

✱

ESTÁ DE REGRESO

de San José de Costa Rica el señor Ministro Pacheco, quien trae ahora un nuevo secretario don Carlos Lara, y un adjunto, el señor don Guillermo Vargas.

A todos ellos saludamos cordialmente.

+

ULTIMAMENTE

hemos recibido de Managua (Nicaragua), tres folletos: *Necesidad é importancia de las escuelas nocturnas de artesanos*, del señor Ramón Quesada, *Algo sobre los Congresos Centroamericanos de Estudiantes*, del señor Ramón Romero, hijo, y el discurso pronunciado por el señor José T. Olivares, á nombre del Gobierno, en los salones del Congreso Nacional el 15 de Septiembre, aniversario de la independencia de Centro América.

Interesantes estos folletos por la abundancia de sana doctrina que encierran, agradecemos su envío á los señores Olivares, Quesada J. Romero, compañeros nuestros en todos los ideales, yeampeones notables de la Unión Centroamericana.



Recreaciones Intelectuales

2.ª PREGUNTA HISTÓRICA.

¿Cuál fué el tercer gobernante del Istmo en tiempo de la Colonia?

E. J. A.

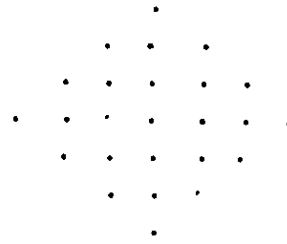
+

5.ª PREGUNTA HISTÓRICA.

¿Hasta qué año existió Santa María la Antigua del Darién, y cómo se llamaba el último morador español de aquella primera capital del Istmo de Panamá?

J. B. S.

7.ª ROMBO DE PUNTOS.



Sustituír los puntos con letras de manera que leyéndose horizontal y verticalmente resulte:

1. --Letra del alfabeto.
2. --Nombre propio.
3. --Cuerpo celeste.
4. --Nombre de varios reyes célebres.
5. --Perfume.
6. --Animal.
7. --Letra del alfabeto.

R. J. A.

*

8.ª CHARADA.

Ví un *dos-primera* de *dos-cuarto* lleno
Que inspiraba terror sobremanera,
Porque un cuadro de *todo tres-primera*
Quería tocar en un Museo muy bueno.

R. J. A.

+

9.ª CHARADA.

En un *tres-primera* de *todo* que ví
Con *uno-dos* azul medio cubierto,
Se podía ver muy claro, aún por un tuerto,
Que *todo* era lo principal allí.

R. J. A.

+

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

- 2.ª *La Moderna Centenaria*, de Carlota Braconé.
- 5.ª *La ciudad y las sierras*, de Eca de Queiroz.
- 7.ª *El Hermoso Pécopin*, de Víctor Hugo.
- 8.ª *Los Espetros*, de Enrique Ibsen.
- 9.ª *La Esposa del Muerto*, de Alejo Bouvier.

Las soluciones deben remitirse al Director de esta Revista, en sobre cerrado, á la *Tipografía Casis y Compañía*, y se abrirán en orden de recibo.

☞ *Sólo admitiremos las soluciones que nos envíen, firmadas, nuestros suscritores.*

No comenzaremos á admitir soluciones hasta el día siguiente de la salida de la Revista.

×

Soluciones de las Recreaciones del número anterior:

4.^a *Raso, Aras, Sara, Orar.*

6.^a *Demente.*

Obtuvieron premio: por la 4.^a, Juan J. Méndez; por la 6.^a, Enrique Linares.

Enviaron soluciones además:

De la 4.^a, Gil F. Sánchez.

De la 6.^a, José A. Gonzales, Olegario Henríquez, Eduardo Chiari, Tomás Guardia V., José D. Solís, Gerardo Abrahams C., Andrés Villarreal E., Gil F. Sánchez y Antonio Navarro.



¿Cree Ud. que la influencia norteamericana será benéfica para el desarrollo de la literatura en Panamá?

Respetuosamente solicitamos contestación á la pregunta anterior de los caballeros que aparecen en la lista que abajo anotamos. Las repuestas deben ser lo más concisas posibles, y concretarse á los términos de la pregunta, proponiéndonos publicar las que nos lleguen en tiempo oportuno en nuestra edición especial del 3 de Noviembre.

Doctores Manuel Amador Guerrero, Pablo Arosemena, Belisario Porras, Carlos A. Mendoza, Gerardo Ortega, Francisco Filós, Ciro Luis Urriola, Nicanor Villalaz, Heliodoro Patiño, Manuel Antonio Noriega, Facundo Mutis Durán y Abel Bravo. Señores Nicolás Victoria J., Julio J. Fábrega, Samuel Lewis, Jerónimo Ossa, Darío Herrera, Narciso Garay, Aizporu Aizpuru, Demetrio H. Brid, Enrique J. Arce, Rufino de Urriola, Juan A. Henríquez, Rafael Neira A. y José Llorent.



Hacemos saber

A las personas cuya colaboración no hemos solicitado y que deseen enviarnos trabajos literarios para su publicación en esta Revista, que sólo los publicaremos en el caso de que nuestra Junta de censura les ponga el visto bueno correspondiente; y siempre que los autores de ellos nos abonen por anticipado el valor de la publicación á razón de cincuenta pesos por cada página ó parte de ella.

El Herald del Istmo

Quincenario Ilustrado.

Director-Propietario: GUILLERMO ANDREVE.

Esta Revista constará de 16 páginas de lectura y se publicará dos veces al mes.

La suscripción por trimestre vale *DOS PESOS* (\$2.00) y cada ejemplar suelto *CUARENTA CENTAVOS*.

No se admite más colaboración que la que sea solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con la Revista dirigirse á su Director-Propietario ó á la *Tipografía Casís y Cia.*

Por Correo: Apartado No. 215.

GIL F. SANCHEZ

GRADUADO

del "Pelham Institute", "Coughkeepsie" y "Master of Accounts" del Packard's Business College de la ciudad de New York, dicta clases de Inglés y de Contabilidad, de 6 a. m. á 7.30 a. m. y de 5 p. m. á 6.30 p. m.

Precios convencionales.

ZAPATERIA

de Jorge E. Díaz.

Siempre hay en existencia en este establecimiento un surtido completo de calzado de todas clases.

Se presta especial atención á los pedidos para el Exterior.

PRECIOS: Los más bajos de la plaza.